

## La economía, la moneda y la incertidumbre

Miguel Alfonso Martínez-Echevarría y Ortega

UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Pamplona

2011

---

### *El problema del lenguaje*

#### **Expresarse, comunicarse, entenderse**

En un intento de huida del psicologismo individualista, el Cambridge británico de los comienzos del siglo XX buscó una nueva vía de acceso a la realidad a través del lenguaje. La tesis de partida era que a través del estudio de los modos de expresarse se abría un acceso más fiable al conocimiento que de la simple introspección psicologista.

Dentro de este marco G. E. Moore (1873-1958) se propuso reconstruir la moral a partir del significado lingüístico de “lo bueno”. Pronto llegaría a la conclusión de que del mismo modo que no era posible precisar con exactitud que había detrás de la expresión “lo amarillo”, tampoco era posible precisar lo que había detrás de la expresión “lo bueno”. Lo más que se podía decir era que con esa expresión la gente hacía referencia a lo que a les parecía más conveniente, al menos desde el punto de vista de la mayoría. En otras palabras, “lo bueno” sería, en último término, lo que así le parecía a cada uno. Ahora bien, había una pregunta previa, ¿de donde surgía la necesidad de hablar de “lo bueno”? La respuesta de Moore es que se trataba de un sentimiento que se expresaba de forma diferente en cada individuo.

De este modo Moore desembocaba en una contradicción: si se tomaba como punto de partida el lenguaje, reflejo del *common sense*, criterio último para establecer la verdad de las cosas, ¿cómo podía suceder que el concepto de “lo bueno” no fuese algo común? Si se quería ser consecuente no quedaba más remedio que reconocer que detrás de la expresión “lo bueno” no había ningún tipo de realidad.

A partir de esa conclusión A. J. Ayer (1910-1989) llegaría a lo que se ha dado en llamar “emotivismo moral”. Según este enfoque, la moral es un hecho innegable, pero se trata de un fenómeno subjetivo, susceptible de un tratamiento psicológico o sociológico, pero no de una ciencia positiva. La moral se fundaba en sentimiento y opiniones, por lo que todo intento de estudio degeneraba en disputas interminables, sin posibilidad de acuerdo racional. Todo lo relacionado con la moral era objeto de manipulación, propaganda y persuasión para imponer una determinada opinión.

Dentro del estudio del lenguaje, el filósofo austríaco L. Wittgenstein (1889-1951), residente en Cambridge, llegaría a la conclusión de que ningún lenguaje podía ser reducido a sus reglas, pues ni estaban éstas perfectamente determinadas, ni había un criterio fijo y estable a la hora de aplicarlas, sino que variaban según el contexto cultural y social de cada momento. ¿Cómo entonces las gentes aprendían a usar las reglas del lenguaje? ¿de qué modo lograban expresarse y ser entendidos?

La gente, según Wittgenstein, no aprendía a usar una lengua aplicando reglas, sino mediante la práctica en el seno algún tipo de comunidad. No existía una teoría general del significado de las palabras, sino que se aprendía en el seno de una tradición cultural. Las palabras y expresiones lingüísticas venían a ser como una “caja de instrumentos” que se aprendían a manejar usándolas en una diversidad de circunstancias expresivas cambiantes. Para dominar un lenguaje había que sumergirse en su empleo vulgar, participar en el juego del lenguaje, para de ese modo, a través de la experiencia, descubrir sus posibilidades y limitaciones, sus aspectos certeros y ambiguos. No había ninguna posibilidad de juzgar una lengua desde una especie de metalenguaje absoluto.

Del planteamiento de Wittgenstein se seguía una conclusión inmediata: no había posibilidad de lenguajes estrictamente privados. Ningún individuo, por sí mismo, podía establecer las reglas de un lenguaje propio y exclusivo, no estaba a su alcance ordenar y expresar de modo completo y coherente su experiencia vital. Siempre necesitaría de unas reglas para usar otras reglas, dando lugar a una regresión a infinito que haría inviable cualquier intento en este sentido. No había posibilidad de autorreferencia absoluta ni en el lenguaje ni en la acción. Ningún hombre aislado podría llegar a entenderse plenamente.

Desde esta perspectiva, se entendía que ningún individuo pudiera establecer por sí mismo el sentido de “lo bueno”, como había pretendido Moore. Nadie podía dotarse de un lenguaje moral privado.

La filosofía, en opinión de Wittgenstein, debería limitarse a hacer frente a las patologías provocadas por el uso del lenguaje. Vendría a ser algo así como una especie de terapia del lenguaje, nunca general, sino específica para cada situación y problema concreto.

Después de casi dos siglos –desde el intento de Descartes- de búsqueda de un conocimiento certero indiscutible, se llegaba a la conclusión de que para la comprensión propia y ajena había que apoyarse en un trasfondo -que se suele dar por descontado- pero que no puede ser completamente explicado.

## *La moneda como lenguaje*

### **La producción monetaria**

Influido por el ambiente intelectual del Cambridge de su tiempo, J. M. Keynes (1883-1946) enfocaría la economía como una terapia del lenguaje de la moneda y el crédito. De modo más concreto, el objeto de la economía no sería crear una teoría universal, sino resolver los problemas de depresión y desempleo que tenía la sociedad británica de los años treinta, como consecuencia de la vuelta al patrón oro, después de los años de la I Guerra Mundial, en los que para financiarla se había relajado la disciplina monetaria.

Cuando Keynes se propuso enfrentar esos problemas sólo disponía de los instrumentos teóricos elaborados por Ricardo, Mill y Marshall. Pronto se dio cuenta de que algo muy importante fallaba en el modo de entender la economía que tenían esos autores. Partían de unos supuestos de comportamiento social a los que consideraba simplemente falsos.

Ni la sociedad estaba compuesta de individuos iguales que disponían de una “libertad natural” para llevar adelante sus propios planes económicos, ni existía algo así como una información perfecta que permitiese asegurar que el interés particular coincidía siempre con el general, o que el interés de cada uno fuese siempre racional e inteligente. No existía por tanto ningún argumento sólido para apoyar que toda intervención del Estado en la marcha de la economía sería en principio superflua y en la mayoría de los casos perjudicial.

Esos supuestos les había llevado a reducir la economía al plano del intercambio y el consumo. Partían de una sociedad compuesta por individuos homogéneos, libres e iguales, que intercambian en un entorno de información perfecta, conociendo perfectamente tanto sus necesidades como los precios del mercado, por lo que siempre serían capaces de alcanzar un máximo de satisfacción. En ese marco de información perfecta, la moneda sólo sería medio de cambio, destinada a facilitar la transacción, comportándose de modo “neutral”, sin perturbar la perfecta información de los individuos.

Keynes cambiaría radicalmente los supuestos de partida de la economía. La sociedad vivía en incertidumbre sobre los comportamientos futuros, lo cual afectaba notablemente a los planes de producción, y al modo de usar la moneda, que se convertía en depósito de valor y en un medio para especular sobre ganancias inciertas. Se trataba de un mundo sin información perfecta –ni gratuita, ni instantánea– donde la producción no había sido realizada, sino que dependía de unas siempre inestables expectativas, donde la moneda de ningún modo era “neutral”, sino que dependía fuertemente de factores aleatorios no controlables por los individuos.

Desde el punto de vista de Keynes, el motor de la economía, lo que pone en marcha la producción, de la que depende el consumo y el ahorro futuro, es el deseo de una ganancia monetaria insegura y arriesgada. La producción es por tanto monetaria, es decir, basada en la puesta de la circulación de la moneda con vistas a unas ganancias futuras inciertas. Luego el foco de atención había que ponerlo en las decisiones de producción, o mejor dicho en las decisiones de inversión, no en las decisiones de consumo o de intercambio, como se venía haciendo hasta entonces.

La producción capitalista, basada en un uso generalizado del crédito y la moneda, que desencadena unos flujos y reflujos monetarios cuyos resultados, pagos y cobros, son necesariamente inciertos y arriesgados, bajo ningún aspecto podría ser considerada desde un enfoque individualista, ya que la moneda y el crédito, de modo parecido al lenguaje y la comunicación, implican a la totalidad de la sociedad.

Bajo ningún supuesto ese tipo de producción se realizaba con información perfecta, pues se fundaba en desatar un complejo torbellino de creación y anulación de deudas, único modo de salvar el arriesgado abismo de incertidumbre que separa el presente del futuro.

La producción capitalista supone incertidumbre, la cual surge de la interacción humana, del hecho de que cada actor se enfrenta con otro actor al que no puede comprender del mismo modo que cree comprenderse a sí mismo. La complejidad de esas decisiones de ningún modo pueden ser reducidas a sucesos naturales objetivos, lo cual, en términos formales quiere decir que la incertidumbre resultante de la interacción de una multitud de individuos no es estocástica sino estratégica, o lo que es lo mismo, que nunca podrá ser representada por una distribución objetiva de probabilidades.

Quedaba claro que, para Keynes, la economía no podía ser planteada como una teoría de la elección racional entre bienes escasos, por parte de individuos con información perfecta. Se parecía mucho más a una apuesta vital por el logro de una ganancia monetaria incierta y arriesgada, por parte de unos pocos agentes sociales –empresarios y especuladores- que de ese modo desatan una actividad que pone en juego la riqueza y la seguridad de todos.

En la economía capitalista los individuos no son iguales ni homogéneos, sino que hay una desigualdad en la distribución de poder y riqueza, así como de funciones sociales. Por eso, sostenía Keynes, que bastaba con prestar atención a tres grandes actores: los empresarios, los especuladores, y el gobierno. Los primeros toman la decisión de invertir y se encargan de llevar adelante el proceso físico de producción, que por su propia naturaleza es irreversible. Los segundos se encargan de llevar adelante la financiación de la producción. El gobierno, mediante los impuestos y el control de la moneda y el crédito, se encarga de conseguir los recursos para su propia financiación y mantener un cierto nivel de consistencia social.

Fuera de estos tres grandes grupos, que tienen la condición de actores principales de la economía, estarían el gran grupo de trabajadores y consumidores, la mayoría de la población, que asisten como simples espectadores, para bien o para mal, del acierto o error de las decisiones que toman los tres actores principales. El gran público constituye una masa con una información muy reducida, que se mueve por estados de opinión, que tan pronto se siente impulsada a la euforia y al consumo excesivo, como al temor, a la depresión y al atesoramiento. En cualquier caso nunca toma la iniciativa de los procesos sociales, sino que se limita a desencadenar movimientos reactivos y de algún modo caóticos.

Cada uno de los tres actores principales tiene un tipo de conocimiento teórico y un tipo de conducta práctica. El empresario dispone de un conocimiento relativo al comportamiento de los precios y la tecnología y sigue una conducta de maximización bajo restricción. En función

de sus expectativas, no de un cálculo racional, toma la decisión de llevar adelante la inversión. Luego, a través del crédito, desata un flujo de ingresos y gastos monetarios de los que espera obtener un reflujo que le deje un beneficio.

El especulador dispone de un conocimiento relativo a las expectativas y a la evolución de los tipos de interés. Su conducta consiste en obtener beneficio jugando contra la opinión promedio. Sabe que la producción capitalista es una operación compleja e incierta, de tal modo que la moneda no es neutral, sino que su valor depende del éxito o el fracaso de los proyectos de los empresarios.

El gobierno, según Keynes, no debía asistir impávido a la pugna entre los empresarios y especuladores, sino que debía de manejar la cantidad de moneda y los impuestos con vistas a mantener la cohesión social, para de ese modo proteger a los trabajadores y consumidores de las crisis provocadas por el descontrol de esa pugna entre empresarios y especuladores.

La marcha de una economía estructurada de ese modo depende de su capacidad para mantener una “demanda efectiva”, expresión monetaria de la decisión de inversión, que depende de los empresarios, así como por la decisión de proporcionar la financiación necesaria, que depende de los especuladores. Ese tipo de demanda es la que da lugar a los ingresos monetarios de los factores de producción, de modo especial a los salarios, que al ser convertidos en consumo o en ahorro, cierran con mayor o menor éxito el ciclo de la producción monetaria. Se trata de una demanda que es al mismo tiempo monetaria y real, que determina tanto el ingreso monetario total de la sociedad y el nivel total de empleo, así como el nivel de producción total resultante.

Puesto que la generación de la demanda efectiva de la economía se determina a partir de un conjunto de decisiones autónomas y con una incertidumbre intrínseca al mismo proceso que la desencadena, de ningún modo se puede asegurar que esa demanda alcance el volumen suficiente para garantizar el pleno empleo de los recursos disponibles.

Este modo de entender la economía como un proceso monetario dinámico, resultaba incompatible con la idea de equilibrio y estabilidad. Para Keynes en el seno mismo del proceso de la producción crematística residía una patología que necesitaba ser limitada desde fuera.

La naturaleza del problema económico revela una dualidad de pasiones; por un lado la pasión ligada a la necesidad de las riquezas reales, que son limitadas en sí mismas, por el otro lado la pasión por la riqueza monetaria que, por ser ilimitada, con facilidad cae en la inmoralidad y la barbarie. Es esta última pasión ilimitada la que da su forma propia a la economía de la producción, la que desata la pasión por el enriquecimiento monetario, que por su propia naturaleza crea insatisfacción precisamente en los que pronto logran satisfacer unas supuestas necesidades limitadas, que enseguida se les revelan como insuficientes. Esta misma irregularidad o ilusión en la expresión monetaria de las necesidades, es lo que con gran facilidad provoca las crisis económicas. Ni el individualismo liberal ni el socialismo colectivista se habían dado cuenta de ese problema. Parecían ignorar el hecho de que el enriquecimiento real de algún modo siempre ha estado envuelto por la pasión por la moneda,

en el cual reside la raíz de la patología de la producción capitalista, cuyo síntoma casi inevitable es la generación del desempleo.

La postura de Keynes era que a pesar de todo, la pasión por la moneda no destruiría la vida política, como habían pensado Aristóteles y Marx, sino que constituía un resorte necesario. Por eso, la pasión por la moneda compensada por la acción del Estado constituían los dos ejes alrededor de los cuales Keynes construirá su concepción política de las sociedades capitalistas. En su opinión, el consumo y la inversión debían ser mantenidos por el Estado para evitar el fenómeno del desempleo involuntario, desconocido hasta entonces por el enfoque tradicional de la economía.

## **Economía, persuasión y opinión pública**

La economía era, para Keynes, una realidad extraordinariamente compleja, construida sobre una creencia socialmente compartida, que carecía de un fundamento racional. En su opinión, no podía ser ni una máquina perfecta, como había pensado Ricardo, ni un sistema condenado a un colapso inevitable, como había pensado Marx, sino un proceso inestable e inseguro, necesitado de una continua terapia para impedir que colapsara.

Esta visión de la economía tiene mucho que ver con el escepticismo de Hume, al que Keynes se iría aproximando a lo largo de su vida. Si el conocimiento es algo incierto, mera opinión, y son las pasiones las que guían la acción humana, sólo las costumbres, los prejuicios y las rutinas podrían estar detrás del relativo orden y estabilidad de la sociedad.

Mientras el público mantuviese la inexplicable creencia de que mañana sucederá lo mismo que ayer, la estabilidad del orden social se mantendría y la economía funcionaría con normalidad, pero en el momento en que por algún motivo esa creencia se debilitase o desapareciera, surgiría la inestabilidad social y la crisis económica, en cuyo caso habría que intervenir para salir de esa situación. Ahora bien, como debajo de la creencia social no hay una realidad alcanzable de modo racional, habría que acudir a la persuasión o la manipulación, a imponer la creencia más conveniente a los intereses de los que tuvieran el poder suficiente para llevar a cabo esa manipulación.

Desde este punto de vista, la ciencia de la economía sólo podía ser un medio de persuasión, una “caja de instrumentos” con los que manipular las situaciones sociales para evitar conflictos y desajustes, destinados a llevar adelante una terapia para hacer frente a las inevitables patologías de un lenguaje monetario mediante el cual se expresaba un complejo entramado de pasiones y ambiciones. Los economistas deberían comportarse como “terapeutas sociales” quienes, dotados de esa “caja de herramientas” -conjunto de fórmulas operativas- pudieran dar solución a ese tipo de patologías.

Para Keynes, el complejo mundo del lenguaje de la economía no se podía reducir a un conjunto de reglas, a una teoría universal y estable, una especie de metalenguaje, a partir del cual, mediante el cálculo y la deducción rigurosa se pudieran prever y resolver todo tipo de problemas y dificultades. Las reglas de la economía –como las del lenguaje- se aprendían sumergiéndose en la resolución de los siempre imprevisibles problemas que plantea la

interacción de las voluntades humanas. Eso exigía apoyarse en la intuición, más que en el razonamiento deductivo y abstracto. Se necesitaba recurrir a analogías, metáforas y parábolas, como el modo más apropiado de describir algo que en sí mismo hace referencia a lo no expresable. No quedaba más remedio que conjeturar sobre las complejas causas de lo que estaba sucediendo en cada momento, trazar esbozos de cómo podían funcionar las cosas, que aunque no se pudieran formalizar completamente, podrían ayudar a superar los síntomas más graves.

Eso explica que Keynes no tuviera inconveniente en recurrir a imágenes como los *animal spirits*, un modo de designar la energía mental y las fuerzas vitales, que la antigua medicina de Galeno empleaba para explicar la capacidad de recuperación de los organismos. Una expresión que aunque no fuese plenamente racional, tampoco se debía considerar completamente irracional.

En su opinión, un lamentable error del pensamiento moderno había sido sustituir las leyes naturales por las leyes de la lógica, confundiendo de ese modo dos tipos distintos de necesidad. Eso explicaba que la ciencia moderna se hubiera propuesto como objetivo descubrir las leyes lógicas que supuestamente estarían debajo de las leyes de la naturaleza, pues de ese modo la causación natural sería previsible o calculable. Había llegado el momento de reconocer que no existía una correspondencia biunívoca entre los hechos y la ideas, entre las cosas y las palabras.

En el caso mucho más complejo de lo social y económico, esa asimilación era todavía más rechazable; en sus causas estaba implícita una incertidumbre intratable desde el punto de vista lógico, en realidad se trataba de un verdadero torbellino de causas que se entrelazaban de modo tan extraordinariamente complejo que resultaba imposible analizarlas hasta sus partes más simples. Sólo la intuición podía ser capaz de acceder a un cierto conocimiento aproximado de la realidad. Por eso había que hacer algo parecido a la visión del artista que comparando similitudes y diferencias puede llegar a descubrir las claves del sentido de la belleza. Para Keynes, toda ciencia, pero de modo especial la economía, debería ser construida a partir de un conjunto de analogías, intuiciones y visiones *ad hoc*.

Un economista no debía pretender abarcar la totalidad de la dinámica del proceso económico, llegar a entender sus causas últimas y más simples, le bastaba con tener una intuición de lo que podía estar sucediendo debajo de los problemas más acuciantes, detectar las causas más inmediatas de los síntomas, como el desempleo y la recesión, que amenazaban una situación de bienestar para todos. La tarea del economista debía ser lo más parecida a la de un fontanero, arreglar un problema local, un atasco, o una fuga, sin pretender una visión completa del funcionamiento de la red general de distribución de agua de toda la ciudad.

En cuanto terapeuta social era muy importante que los argumentos de los economistas resultasen accesibles y convincentes a la mayoría del público, pues la eficacia en la solución a los problemas con los que se enfrentaba dependía del impacto de sus argumentos sobre la opinión pública. El economista debería emplear los medios públicos de comunicación -prensa escrita y radio- para difundir sus fórmulas y soluciones -como haría el mismo Keynes a lo largo de toda su vida- pues de su capacidad de persuasión y manipulación dependían las

creencias o estados de opinión del público, fundamento último de la terapia aplicada. Más que sólidos razonamientos deductivos, que no eran posibles, se debía valer de imágenes que cautivaran la imaginación y sentimientos del público.

## **La raíz de la patología monetaria**

En el esquema de la economía tal como la había planteado Ricardo, el tipo de interés era el mecanismo encargado de reestablecer la igualdad entre el ahorro y la inversión. El ahorro, considerado la parte no consumida de la producción anteriormente realizada -cantidad de bienes reales- a través de un tipo de interés real se convertía en la inversión real efectivamente realizada. De ese modo quedaba asegurado el perfecto equilibrio entre la oferta y la demanda totales.

El tipo de interés venía determinado por el enfrentamiento de la oferta de ahorro con la demanda de inversión. Se trataba de un mecanismo planteado en términos de trueque entre bienes reales, de tal modo que la moneda se limitaba a la función de numerario de unas magnitudes establecidas en términos reales. No desempeñaba papel alguno en la determinación del producto, del empleo, la inversión y los precios. Se la consideraba “neutral” a largo plazo, que era lo mismo que declararla superflua o redundante.

Para Keynes ese planteamiento era inconsecuente desde el punto de vista lógico. No podía suceder que el nivel de inversión viniera determinado por el tipo de interés, al tiempo que éste último quedara determinado por igualdad entre el ahorro y la inversión. No podía suceder que el tipo de interés determinase la inversión y viceversa. Había que buscar una explicación más convincente de cómo se formaba el tipo de interés en una economía de producción monetaria, pues se trataba de una variable decisiva para el comportamiento de la demanda efectiva y, en consecuencia, para determinar el nivel de producción y empleo de la economía.

El tipo de interés no era el que controlaba la marcha de la economía, sino al revés, la marcha de la economía daba lugar al tipo de interés. De modo muy parecido a los medievales, sostenía Keynes que el tipo de interés era un fenómeno esencialmente monetario, unido a los deseos y convenciones humanas.

Este planteamiento obligaría a Keynes a potenciar el desarrollo de los mercados monetarios y financieros que hasta entonces habían permanecido anquilosados. Su tema principal de estudio sería la formación del tipo de interés, en términos monetarios, por enfrentamiento entre la oferta y la demanda de medios de financiación, llevada a cabo por medio del torbellino de decisiones de los especuladores –bancos y Bolsa- dependientes en último término de la marcha del mercado de bienes, de las decisiones de los empresarios que a su vez y para mayor complejidad dependían de la marcha de los mercados financieros.

La estructura del mercado monetario era por tanto un entramado horizontal y vertical de deudas y créditos, relaciones contractuales y de otro tipo, entre empresas y bancos comerciales, y entre estos últimos con las familias y con el banco central. Debajo de dicho



entramado actuaba un complejo y frágil proceso dual moneda-bienes responsable de la indeterminación que ocupaba el centro mismo de la economía capitalista.

En otras palabras, en el núcleo mismo de la economía de producción monetaria, habría un auténtico torbellino de decisiones autónomas tomadas en incertidumbre, por unos actores que solo disponen de una visión transversal y muy limitada de ese fenómeno tan extraordinariamente complejo. El éxito de la decisión de inversión de los empresarios dependía de la buena marcha del mercado monetario, algo que estaba mucho más allá de la capacidad de previsión de los empresarios.

Las decisiones de inversión, respaldadas por los créditos de los bancos, daban lugar al flujo de los salarios, que convertidos en bienes o depósitos bancarios, cerraban el flujo circular de conversión de lo monetario en real y viceversa. De tal modo que la “demanda efectiva”, por un lado era expresión contable -en unidades monetarias- de la capacidad de producción de la sociedad, al tiempo que, por otro lado, era expresión de la capacidad adquisitiva de la moneda, es decir, en términos de productos reales.

La producción tiene por tanto una dimensión monetaria, en forma de creación de deuda respaldada por una apuesta de futuro, junto a una dimensión real, en forma de productos puestos en el mercado, que en la medida en que son vendidos -dando lugar a una entrada de ingresos monetarios para la empresa- permite ir cancelando la deuda contraída inicialmente. La diferencia entre lo invertido y lo recuperado da lugar a un beneficio o a una pérdida. Sin esta continua creación y destrucción de deuda no podía ser llevada adelante la producción capitalista, que por su propia incertidumbre y riesgo, tampoco sería posible sin la existencia del sistema financiero, cuya función es precisamente jugar contra la no-neutralidad de la moneda.

Entre la decisión de inversión -creación de deuda- y la realización de beneficios o pérdidas -cancelación o no de la deuda- se desarrollaba un complejo proceso social, con un alto grado de incertidumbre y riesgo, que hacía imposible establecer una relación simultánea y reversible entre el ahorro y la inversión. Era por tanto imposible pretender determinar el tipo de interés desde el supuesto de una moneda neutral.

Se puede decir que con Keynes se iniciaría el estudio de los mercados monetarios y de modo especial el estudio de la formación de la demanda de moneda. Un problema nada sencillo ya que lo que caracteriza el capitalismo monetario es el cambio continuo en la estructura de los balances de los bancos y de las empresas, que están relacionados entre sí, formando una compleja maraña de decisiones de financiación, de compra y ventas de activos y bienes, que se afectan mutuamente de modo incierto.

Un complejo entramado de deudas, nominadas en unidades monetarias, que sólo se pueden redimir en moneda, que se distiende en el tiempo y puede ser afectado por acciones y reacciones imprevisibles. Cualquier cambio en las expectativas del público puede repercutir en la capacidad de las empresas para recuperar la inversión, o en la capacidad de los bancos para seguir concediendo crédito.

Los balances de las empresas, financieras o no, están compuestos de una diversidad de activos, unos más líquidos que otros, que no cesan de diversificarse, para poder hacer frente a la siempre incierta coordinación de los flujos monetarios de entrada y salida, con vistas a una ganancia especulativa, o por lo menos sin costes excesivos. Con esa finalidad –asegurar la liquidez necesaria- surgieron los mercados financieros donde se especula, se compra y vende todo tipo de activos financieros de empresas y bancos, y son muy sensibles a expectativas ciertas o no.

La moneda, alrededor de la cual se constituyen los mercados financieros, es una mercancía muy especial. Su demanda está sometida a motivos muy distintos, por un lado está ligada a la pasión por la ganancia ilimitada y es empleada para especular contra la expectativa promedio, por otro lado el mismo hecho de su liquidez la constituye como garantía por excelencia para hacer frente a los imprevistos. Finalmente, resulta imprescindible para la continua transacción que hace posible la producción. En consecuencia su demanda depende del volumen de los flujos monetarios, del tipo de interés, del precio esperado de todo tipo de activos, de la precaución adoptada respecto de los compromisos a plazo fijo, etc.

Los mercados financieros llevan a cabo una continua evaluación de las inversiones en curso. Cada día se evalúan de forma más o menos aleatoria los rendimientos esperados de todas las empresas que cotizan, lo cual crea la posibilidad de ganancias monetarias especulativas que reportan ventajas a individuos concretos, pero no desde el punto de vista de la comunidad como un todo, sino más bien al contrario, ya que pueden hacer más insegura la marcha de las inversiones reales. Una variación de los precios de los activos financieros, provocada por razones de pura especulación, puede afectar al valor de los activos físicos reales invertidos y cambiar el valor esperado de los flujos de caja, lo cual puede facilitar o poner en graves dificultades a la inversión comprometida e irreversible. Si no se imponen restricciones institucionales en esos mercados se acabaría por imponer la psicología del especulador sobre la del empresario.

Para Keynes un especulador financiero no constituye un gran peligro, si no es más que una burbuja sobre una corriente densa y estable de empresas, pero puede llegar a ser una grave amenaza si la situación se invirtiese, y fuese la empresa la que pasara a ser una burbuja en medio de un torbellino de especulaciones financieras. En tal caso -sostenía Keynes- el desarrollo del capital de un país sería algo así como un subproducto de las actividades de un casino.

En este contexto de incertidumbre las decisiones sobre el modo de financiar las inversiones se habían convertido en el corazón de la economía. La preocupación de todos, pero especialmente de los empresarios, era prestar continua atención a la liquidez y solvencia de la moneda, y en general a todos los aspectos que de un modo u otro pudieran afectar a los costes de financiación. Todos trataban de adivinar de qué modo podrían hacer frente, con el menor coste, a los compromisos financieros que se ven obligados a contraer para llevar adelante sus proyectos de producción.

La incertidumbre empapaba la totalidad de la economía, un rasgo propio e inseparable de un sistema donde millares de individuos tomaban continuas decisiones de forma

descentralizada sobre el modo de invertir y financiar la producción y donde los efectos de esas decisiones se entrelazaban y tardaban tiempo en manifestarse en toda su plenitud. No sólo cada uno de esos individuos se siente inseguro a la hora de decidir, sino que sabe que su incertidumbre depende de la marchas de las decisiones que tomen los restantes individuos. Lo común a todas esas decisiones es que son estimaciones inciertas realizadas en términos monetarios. En un marco como ese es absurdo sostener que la moneda pueda ser neutral.

La crítica de Keynes no sólo apuntaba a la teoría del tipo de interés, sino también la teoría del valor. En su opinión los economistas clásicos se habían equivocado al considerar que el valor tenía que ser una magnitud cierta objetiva y medible. El valor estaba intrínsecamente relacionado con lo probable o incierto, con el entramado de relaciones sociales que se registra en el debe y haber de sus balances. No había una sola y perfecta medida de valor, sino muchas y cambiantes. Como había dicho Aristóteles, los precios relativos son por principio indeterminados. No hay posibilidad de una genuina y real conmensurabilidad entre cosas ya que por naturaleza son distintas. De tal modo que lo que posibilita los intercambios entre ellas no es una subyacente realidad objetiva, sino convenciones con fines prácticos, que no se refieren a una unidad objetiva fija y estable, sino al modo de satisfacer la necesidad común. Keynes daba la razón a los antiguos y medievales cuando afirmaban que la economía por su propia naturaleza era algo indeterminado, y que no podía ser objeto de conocimiento científico. La conmensurabilidad estricta no es aplicable a una economía monetaria.

## La socialización de la economía

Desde el punto de vista de la teoría “clásica” la economía era un sistema que se regulaba por sí mismo, donde el tipo de interés real se encargaba de que el ahorro disponible coincidiese con la inversión, de modo que siempre sería posible alcanzar una situación de equilibrio con pleno empleo. Si eso no sucedía sería debido a una perturbación monetaria transitoria, pero a largo plazo la moneda siempre sería “neutral”, y más tarde o más temprano se produciría una variación en los precios y salarios, de modo que la inversión volvería a su nivel de pleno empleo.

Para Keynes las cosas funcionaban de un modo muy distinto, la economía era un sistema muy inestable, donde con buenas expectativas el deseo de ganancia monetaria llevaba la inversión más allá de lo conveniente, provocando una expansión excesiva del crédito, que podía generar inflación, provocar un retraso en la cancelación de las deudas, para acabar por generar una crisis de inestabilidad. Además, la eficiencia marginal del capital decrecía con su acumulación, por lo que la inversión tendía a paralizarse antes de alcanzar el nivel de pleno empleo. Por otro lado, cuando por fin se desataba la crisis, entonces el deseo de no perder lo conseguido, empujaba a frenar la inversión, con lo que se provocaba un ahorro excesivo, dando lugar a la depresión y el desempleo. En esa situación la gente tendía a buscar refugio en la liquidez de la moneda, como garantía ante la incertidumbre, provocando la “paradoja del ahorro”: la destrucción de riqueza. Siempre que dejaba de haber creación de endeudamiento productivo, la moneda perdía valor y dejaba de ser garantía frente a un porvenir incierto. Acumular moneda podía tener sentido para un individuo, pero no para la totalidad de la sociedad, ya que la moneda necesitaba estar respaldada por el proceso social de la inversión, por el éxito en la producción de bienes reales.

La economía tenía un comportamiento cíclico debido a que por su propio modo de funcionar generaba fuerzas que provocaban su inestabilidad. Se necesitaba por tanto de una planificación y continua intervención con el fin de controlar estas tendencias patológicas. No se podía seguir el principio del "laissez faire" como fundamento de la buena marcha de la economía de un país. Debajo de la economía no había un sistema real objetivo, independiente de las decisiones del público, que la controlaba y regulaba, sino de un torbellino complejo que dependía de la siempre inestable psicología social.

Los individuos no seguían siempre una conducta racional, y si había desempleo no era porque así lo decidían. Para Keynes el desempleo era la prueba más contundente de que la economía no estaba regida por las decisiones de individuos que seguían supuestas conductas racionales. No había que echar la culpa a los obreros, ni a los empresarios, sino a los rentistas que con su miopía provocaban la ruptura de los procesos de inversión antes de tiempo.

Si ante las patologías de la economía no se hacía nada, el sistema se desestabilizaría todavía más creando desajustes y mayor incertidumbre. ¿Qué se podía hacer para que la economía pudiera crecer con una cierta estabilidad y en un buen nivel de empleo?

La propuesta de Keynes consistía en llevar adelante un programa institucional con tres objetivos. Un programa de inversión pública, no necesariamente estatal, no movido por el logro de una ganancia monetaria privada e inmediata; una política fiscal de redistribución de la renta de modo que se incrementara la propensión marginal al consumo y una política monetaria orientada a mantener bajo el tipo de interés para evitar el provecho de especuladores y rentistas.

Según Keynes la socialización de la inversión era una dimensión inseparable de la economía de producción monetaria. Cosa patente si se observaba la evolución de la empresa moderna. Las pequeñas empresas individualistas habían sido desplazadas por grandes corporaciones con multitud de accionistas, empleados, proveedores, etc. Se habían convertido en organizaciones cada vez más grandes, más complejas y con mayor poder de mercado, e implicaban un número creciente de personas. Luchaban por controlar la totalidad del mercado, por lograr un monopolio que les asegurara la recuperación de sus inversiones. Sus necesidades de financiación no habían parado de crecer, y se había producido una drástica separación entre la propiedad, convertida en anónima, y la dirección, cada vez más compleja y asalariada. Las necesidades de financiación habían impuesto sus leyes sobre el modo de llevar adelante la producción.

Se trataba de desarrollar instituciones parecidas al Banco de Inglaterra o las universidades de Oxford y Cambridge, con autonomía frente a los gobiernos, gobernadas por personas con un alto sentido del interés público, que se encargaran de corregir las posibles patologías de unas decisiones de inversión muy influidas por las inevitables convulsiones del sistema financiero.

Esperar que la economía británica se recuperase por sí misma, confiando en sus mecanismos de autorregulación, era no sólo una pérdida de tiempo, sino un motivo de

sufrimiento para mucha gente, especialmente para los más débiles. No sin cierta ironía, al final de su famosa parábola de los cultivadores de plátanos, con la que Keynes expuso a los directivos del banco de Inglaterra las posibles soluciones a la depresión, sostenía que una de ellas era la de no hacer nada, y esperar hasta que todos los cultivadores de plátanos muriesen, con lo que efectivamente habría desaparecido el problema.

## La aparición de la macroeconomía

Para muchos la aportación de Keynes se reducía a proponer soluciones a los problemas de la economía a corto plazo, sin renunciar a la idea marshalliana de que a largo plazo la economía tiende a un equilibrio único y estable.

Consideraban que su aportación se limitaba a haber proporcionado técnicas de manipulación social para lograr que la economía no se atascara por causa de problemas transitorios a corto plazo. De modo más concreto, que había diseñado instrumentos para dar solución a las “perturbaciones monetarias” transitorias, que permitían volver lo más rápidamente posible a la senda del equilibrio con pleno empleo, al que naturalmente tiende la economía en el largo plazo.

Para muchos Keynes seguía entendiendo la economía como un sistema básicamente estable, pero necesitado de ser manipulado para evitar que pequeños fallos funcionales le impidieran desenvolverse correctamente. De ningún modo había propuesto reformas fundamentales ni su enfoque suponía cambios drásticos de paradigma. Ciertamente había dado una gran importancia a la incertidumbre, pero era algo transitorio no un elemento constitutivo de la economía a largo plazo. En otras palabras, que Keynes había mantenido la idea de un equilibrio subyacente, pero había señalado cómo actuar cuando el capitalismo no permitía alcanzarlo con facilidad.

Dentro de este ambiente el economista británico J. Hicks (1904-1989) describió la aportación de Keynes como consecuencia de haber detectado un fallo en la teoría hasta entonces dominante de la formación del tipo de interés real. Eso le había llevado a proponer una nueva teoría monetaria del tipo de interés, que incluía una nueva explicación de la determinación del nivel de producción y empleo. La economía, hasta Keynes, había sido explicada en un espacio de dos dimensiones, había sido su gran aportación descubrir la importancia de una tercera dimensión, la monetaria, sin que por ello cambiase la validez de lo esencial de la anterior explicación. Esto le llevaría a presentar, en 1937, su famoso modelo IS-LM, que constituye el núcleo de lo que se conoce como “macroeconomía keynesiana”.

Según ese modelo, la determinación del equilibrio de la economía se podría articular alrededor de la intersección de dos curvas, la llamada IS que expresaría el equilibrio entre el ahorro y la inversión –sus dimensiones reales- y la curva LM, que expresaría el equilibrio del mercado monetario -sus dimensiones monetarias-. Curvas que estarían representadas en el mismo espacio de dos dimensiones, el nivel  $Y$  de ingreso y el nivel  $r$  de tipo de interés. El punto de intersección de ambas curvas determinaría una situación de equilibrio real y monetario de la economía, a corto plazo, aunque no necesariamente de pleno empleo.

El objetivo de este nuevo modelo era poder diseñar políticas económicas a corto plazo, en el supuesto de unos precios fijos, con vistas a compensar las oscilaciones del ciclo económico. En el supuesto, por ejemplo, de una economía estancada y con desempleo, sería posible diseñar una política monetaria o fiscal que moviese las curvas IS o LM hasta lograr un incremento del nivel de producción  $Y$  que redujese el desempleo.

La estructura interna de este modelo, basado en un sistema de ecuaciones simultáneas, ponía de manifiesto que Hicks no había tenido en cuenta la compleja causalidad dinámica, basada en la incertidumbre intrínseca a la propia interacción de los individuos, que era esencial en la visión que Keynes. Prescindía por tanto de la compleja causalidad que se desarrollaba en tiempo real, que estaba detrás del concepto de “demanda efectiva” que tanta importancia tenía para Keynes. Dejaba de lado esa auténtica maraña de retroalimentación de decisiones, imprecisas y fluctuantes, que Keynes consideraba imposible de formalizar y que constituía como una especie de “agujero negro” en el centro mismo del proceso de determinación de las principales magnitudes económicas. En el modelo de Hicks todo eso había desaparecido y la economía se comportaba como un simple mecanismo regido por una causalidad determinista.

Hicks estaba convencido de que era posible formalizar ese complejo circuito de retroalimentación entre moneda y bienes reales, o mejor dicho, que el comportamiento del mercado de bienes y el de moneda se podían considerar sincrónicos. De un golpe, había suprimido la incertidumbre intrínseca de la economía, la “endogenidad” de la moneda, la naturaleza fluctuante de la inversión, y la referencia al “mundo tal como es”, tan propia del modo de pensar de Keynes. De ese modo había desaparecido por completo la complejidad del proceso de determinación de la inversión, clave para entender cómo en el seno de una economía monetaria se determinaba el nivel de empleo y producción. En el modelo IS-LM la indeterminación fundamental había vuelto a situarse en la fijación del nivel de los precios, con lo que el intercambio había vuelto a ocupar el centro del estudio de la economía.

La simplicidad formal del modelo, la estructura mecanicista de la relación entre las variables agregadas, y su supuesta validez universal, hizo que el modelo IS-LM pronto fuera convertido en “lo esencial del pensamiento de Keynes”, alcanzado un éxito generalizado en los ambientes políticos y académicos. En poco tiempo sería erigido en el instrumento básico para la enseñanza de la economía, en el esquema imprescindible para el diseño de políticas económicas anticíclicas que pronto seguirían casi todos los gobiernos de la postguerra. En apariencia ese modelo ponía a disposición de los gobiernos un poderoso instrumento para intervenir en la marcha de la economía, a fin de asegurar el bienestar de la sociedad civil, cosa que hasta entonces ni se había admitido ni se consideraba posible. Algo que por otro lado fue aprovechado para aumentar la influencia y el prestigio social y político de los economistas.

Para la aplicación del modelo IS-LM, de cara al diseño de políticas económicas se necesitaba de una mayor y mejor información estadística sobre las variables más relevantes del comportamiento de la economía a corto y largo plazo. Se hacía imprescindible disponer de datos fiables y recientes del nivel de precios y de su tendencia, del nivel de consumo y su tendencia, del nivel de desempleo y su tendencia, etc. Esto hizo que en pocos años se diera un fuerte impulso a los servicios oficiales de estadísticas de casi todos los países, poniendo en

marcha o mejorando las estadísticas económicas. Al mismo tiempo, en el plano teórico, también se daría un notable impulso al desarrollo los métodos estadísticos y modelos econométricos, que permitiría manejar esos datos con vista a determinar con mayor rigor las variables macroeconómicas esenciales del modelo IS-LM, como la “propensión marginal” al consumo, la “preferencia por la liquidez”, la “eficiencia marginal del capital”, etc.

## La aparición de la econometría

La conjunción de todos estos factores hizo que se extendiese cada vez más la idea de que la economía era una ciencia empírica, lo cual por otro lado reforzaría aún más su creciente prestigio social y político. A partir de la década de los cincuenta, con la finalidad de utilizarlos como laboratorios donde diseñar y poner a prueba las posibles políticas económicas, se empezaron a construir grandes modelos econométricos en casi todos los países más avanzados. Este planteamiento de la economía recibiría el apoyo entusiasta de los economistas más influidos por una vulgar filosofía emotivista, según la cual para enfrentarse con los problemas de la realidad social bastaban los “hechos sin teoría”. Con la experiencia acumulada y la “habilidad creativa para diseñar experimentos” se podían crear modelos econométricos que explicasen cómo se podían suponer relacionadas las principales macrovariables de una economía.

Muy pronto se plantearía el llamado problema de “identificación”, es decir, ¿qué criterio había que seguir a la hora de identificar las causas de los problemas que se pretendían estudiar? ¿Era necesario suponer algunas estructuras teóricas a la hora de explicar los errores cometidos en el diseño y aplicación de las políticas económicas?

En el campo de las ciencias experimentales hacía mucho tiempo que ese problema había dado lugar al desarrollo de la teoría de la medición. Así, en Astronomía, por ejemplo, para explicar los errores de medición se recurría a un modelo teórico del Universo que servía de contraste entre lo calculado y lo observado. En una ciencia no determinista como la biología se había recurrido a comparar los experimentos donde se habían introducido modificaciones, con una situación de referencia o “experimento de control” donde se mantenían las condiciones iniciales. En ambos casos cabía la posibilidad de repetir las mediciones, ya que se suponía la existencia de una realidad independiente de las observaciones. En el caso de la economía el problema era mucho más complejo ya que los resultados observados no podían considerarse repeticiones de una misma realidad subyacente, sino que constituían una sucesión -“series de tiempo”- de datos generados por una realidad que quedaba alterada de modo irreversible a causa de las acciones políticas introducidas. No bastaba con la simple correlación, como en la teoría de medición de las ciencias naturales, para establecer la estructura real de la causalidad.

A la vista de estos problemas, el economista noruego T. Haavelmo (1904-1989) propuso asignar el papel de “experimento de control” a algún tipo de esquema teórico provisional, que sirviera para identificar los factores causales que en principio se consideraban más relevantes en el diseño de una determinada política. Un esquema que se podría tomar como representación aproximada del comportamiento del supuesto “agente oculto” que generaba los datos observados.

El ejemplo paradigmático de los riesgos en que se puede incurrir con la práctica de ese tipo de econometría fue lo sucedido con las diversas interpretaciones de las llamadas “curvas de Phillips” (1958). A pesar del indudable éxito del modelo IS-LM para diseñar políticas de estimulación de la demanda que llevaran a la economía hacia una situación de pleno empleo, tenía una importante limitación; no permitía estudiar las repercusiones que ese tipo de políticas podían tener sobre la tasa de inflación. Esta dificultad pareció que podía quedar superada cuando el economista neozelandés A. W. Phillips (1914-1975) publicó las conclusiones de su investigación sobre la relación entre la tasa de desempleo y la tasa de salarios nominales, a partir de los datos de varios países.

Su punto de partida fue un esquema teórico muy simple. Cuanto más saturado estuviese el mercado de trabajo, más tendrían que subir los salarios, tanto si los empresarios deseaban conseguir nuevos obreros, como retener a los ya empleados. En segundo lugar, supuso que esa relación tenía que ser no lineal. Y por último, supuso que serían distintas según se considerara a corto o a largo plazo. A partir de estos supuestos, y de los datos estadísticos obtenidos para un país, en un período de tiempo de unos cien años, comprobó que esa relación se ajustaba a la rama de una parábola y que parecía bastante estable. Llegó entonces a la conclusión de que se podía afirmar que existía una relación inversa, a largo plazo, y a posteriori, entre la tasa de cambio de los salarios y la tasa de desempleo. En otras palabras, que desde el punto de vista del diseño de políticas económicas existía una posibilidad de intercambio entre el nivel de desempleo y el de inflación, que podría ser manejada a conveniencia. El éxito fue inmediato. En el período comprendido entre los años 1960 y 1970, estas curvas fueron consideradas algo así como la “ecuación perdida” del modelo IS-LM, el instrumento básico para controlar el uso adecuado de las políticas de impulso a la demanda.

## ***Del subjetivismo al formalismo***

### **El neopositivismo lógico**

En el ámbito germánico la reacción contra el idealismo se manifestaría en el empeño por superar la distinción entre la experiencia de un hecho y el hecho mismo, en otras palabras, de dar por superado, de una vez por todas, el problema metafísico de la formación del objeto.

Si se lograba superar esa distinción solo existiría lo empírico, con lo que el conocimiento científico quedaría reducido a ordenar la experiencia según un criterio de economía, con vistas a permitir un mayor número de explicaciones con la menor complejidad estructural. Esta sería la postura básica del *empiriocriticismo* que sostenía que sólo mediante una crítica continua al modo de ordenar la experiencia se podría asegurar la construcción de una ciencia realmente empírica.

Construir una ciencia sería entonces lo mismo que construir un lenguaje -solo que más preciso que el vulgar- destinado a ordenar, transmitir y fijar un determinado tipo de experiencia en la memoria colectiva de los que se dedicaban a su elaboración. Esa sería la tarea exclusiva de la comunidad de los que se dedicasen al cultivo de cada ciencia, que nunca



podría darse por concluida, ya que nunca sería posible alcanzar una ordenación definitiva y completa de toda la experiencia.

Para llevar adelante esa tarea no haría falta suponer la existencia de una realidad ontológica, de una verdad objetiva y absoluta que estaría bajo la experiencia, sino que bastaría con atenerse a aquellos aspectos de la experiencia relevantes para el progreso y bienestar de la especie humana. Sólo sería conocimiento científico lo que fuera útil para los hombres, como ayudar a prevenir los terremotos, las epidemias, mejorar los alimentos, encontrar nuevas fuentes de energía, etc. En otras palabras, lo que impulsara la potencia operativa de la conducta humana, lo que permitiera un mayor control sobre el entorno.

Pronto se pondría de manifiesto el punto débil del *empiriocriticismo*: ¿era posible ordenar la experiencia solo con referencia a ella misma? ¿Cabía experiencia separada de un sujeto? La dificultad de responder a estas preguntas llevaría el *empiriocriticismo* a una crisis de la que saldría gracias a otra crisis, la que casi al mismo tiempo se había planteado en el seno de la teoría kantiana de la ciencia.

Como consecuencia de la crítica positivista, hacía tiempo que entre los continuadores del pensamiento kantiano se pensaba que conceptos tales como “la cosa en sí”, o ideas como los “juicios sintéticos a priori”, en cuanto abstractas y no observables, debían ser excluidas del lenguaje científico. De tal modo que pronto se llegaría a la conclusión de que para la constitución del objeto de conocimiento científico solo se podía recurrir al formalismo lógico. Resultaba así que, en poco tiempo, la teoría de la ciencia que Kant había pretendido fundar en la experiencia, había venido a desembocar en lo que podría llamarse un “idealismo lógico”, según el cual construir una ciencia sería lo mismo que llevar a cabo una crítica de los procesos lógicos de construcción de su objeto propio. Un planeamiento que presentaba una grave dificultad: ¿se podía seguir llamando conocimiento científico al que sólo se apoyaba en la pura lógica?

Para salir de esa situación tan comprometida pronto se llegaría a la conclusión de que lo ideal era adoptar una postura intermedia entre el *empiriocriticismo* y el “idealismo lógico”, ni pura experiencia ni pura lógica, un modo de resolver la crisis que afectaba a ambas posturas. Esto daría lugar a una nueva postura llamada “positivismo lógico” o “neopositivismo”, según la cual el fundamento último del rigor de cualquier ciencia debía residir en su capacidad para superar la crítica a la consistencia lógica en el modo de ordenar la experiencia. A partir de ese momento, la lógica matemática más abstracta, pasaría a constituirse en el fundamento último de todo tipo de conocimiento que quisiera llamarse científico.

El “positivismo lógico” fue obra de los miembros del llamado “círculo de Viena”, para los que de ningún modo se debía aceptar como científicas afirmaciones que fuesen más allá de toda experiencia, que remitiesen a lo que consideraban un mundo extralingüístico. Desde ese punto de vista, la filosofía debería quedar reducida a la crítica de los procesos científicos, erigirse en una especie de *metaciencia* encargada de garantizar la legitimidad de todos los procesos de elaboración de resultados científicos.

## Una teoría de la acción humana

En la misma Viena en la que se desarrollaba esa filosofía, L. von Mises (1881-1973) influenciado en parte por los neopositivistas y en parte por el método de Weber, buscaba el modo de dotar de un más sólido fundamento a las tesis subjetivistas de la economía, tal como habían sido planteadas por Menger.

Weber había criticado a los historicistas por negarse a reconocer que las observaciones de la realidad no podían ser llevadas a cabo sin algún tipo de apoyo teórico. En su opinión todas las ciencias sociales, desde la historia hasta la economía, usaban el mismo método, es decir, la construcción de tipos ideales que permitían definir tanto el objeto como el modo de enfocar y llevar a cabo la investigación.

Mises, aunque estaba de acuerdo con Weber en la necesidad de recurrir a la construcción de tipos ideales en el estudio de la historia, sostenía que no eran necesarios para el estudio de la economía, tal como él la entendía. La acción humana podía ser estudiada desde el punto de vista histórico, con el apoyo de un enfoque puramente teórico, sin tener que recurrir a la construcción de tipos ideales. Pensaba –del mismo modo que Menger- que la economía era una ciencia social nomotética, es decir, con conclusiones deducibles a partir de leyes universales.

De todos modos Mises, que congeniaba con los fundamentos neo kantianos de las ciencias humanas que postulaba Weber, cambiaría el apriorismo ontológico de Menger por otro tipo de apriorismo epistemológico de corte kantiano. Ese paso fue consecuencia de que compartía la dicotomía establecida por los neokantianos entre la consistencia de la lógica y la inaccesibilidad de la realidad empírica. Esto le llevaría a desarrollar la idea de una *praxeología* como un a priori, una pura ciencia general de la acción humana, una alternativa al “tipo ideal”, imprescindible tanto para constituir a la economía en una ciencia nomotética como para llegar a entender los fenómenos históricos concretos. Un intento en el que, como veremos, no alcanzó el éxito pues no fue capaz de dotar a la *praxeología* de un fundamento realista que permitiese ponerla en relación con la acción humana observada.

La *praxeología*, o ciencia teórica de la acción humana, era un conocimiento a priori, una ordenación lógica de unas categorías mentales que suponía existían con independencia y anterioridad a toda experiencia observada. Dentro de esas categorías, a las que consideraba vacías desde el punto de vista ontológico, estaba incluido el hecho de economizar medios disponibles escasos, con vistas al logro de un fin alcanzable. En su opinión los hombres se veían obligados a actuar -a economizar los medios disponibles- a causa de vivir en un mundo de escasez y privación, por lo que están continuamente impulsados a mejorar su condición, o por lo menos a hacer lo posible para salir de una situación de carestía. Como seres que piensan y actúan, los hombres captan de modo natural el concepto de acción, del que resulta inseparable la experiencia del valor, la riqueza, el cambio, el precio y el coste.

Se trataba por tanto de un esquema mental a priori que el observador imponía a la realidad, algo muy en línea con el modo de pensar kantiano, aunque Mises adoptó una postura ambigua e insistió en presentarlo como algo de origen aristotélico. Pero, de hecho, se apartaba del enfoque apriorista, pero ontologista, de Menger.

Ese esquema mental constituía para cada hombre unos principios ciertos, objetivos y apodícticos, anteriores a toda experiencia, algo así como una especie de a priori de la mente humana, que desempeñaban en el plano de la acción un papel muy parecido a los principios de la lógica demostrativa en el plano del pensamiento abstracto. A partir de ellos sería posible construir una teoría general de la acción, una *praxeología*, algo así como una lógica para decidir entre medios alternativos con vistas a fines subjetivos. Aunque sus conclusiones se alcanzarían por vía deductiva y tendrían el mismo rigor que las de la lógica demostrativa, no sería asimilable ni a una teoría, ni una práctica, sino a algo que sería ambas cosas a la vez. Se diferenciaba de la lógica en que no se aplicaba a abstracciones, sino a situaciones concretas, ni se desenvolvía fuera del tiempo, sino en condiciones concretas de cada momento.

Aquí se iba a plantear un grave problema, Mises había considerado el tiempo como una categoría de la *praxeología*, a la vez que reconocía que ninguna acción puede ser llevada a cabo sin alguna idea del futuro, lo cual conlleva una cierta incertidumbre sobre las condiciones del futuro. ¿Cómo podía entonces la acción humana ser concebida fuera del tiempo? Era patente que todo conocimiento del futuro, por principio, no puede ser a priori sino que deriva de la experiencia, de algún tipo de interpretación proyectiva del pasado.

En cualquier caso insistiría en que la historia se limita a realizar conjeturas lógicas sobre las posibles causas de lo sucedido, mientras que la *praxeología* estudia la acción concreta de un individuo con anterioridad a su realización efectiva. Empleando la terminología kantiana, se podría decir que sus conclusiones constituían una especie de proposiciones sintéticas a priori.

La *praxeología*, que para Mises era la economía, constituía una ciencia abstracta y neutral con respecto a los fines de los individuos. En ese sentido consideraba los fines “irracionales” en el sentido de que ni requieren ni son capaces de justificación racional. La economía era por tanto una teoría de la acción humana que nada tenía que ver con el marco histórico empírico concreto.

El reto último de la *praxeología* era servir como medio para entender y explicar los fenómenos económicos empírico históricos, cuya constitución va más allá que las relaciones axiomáticas de las acciones de los agentes racionales. En este sentido Mises siguió y adoptó la definición y uso de los tipos ideales -que van más allá de la *praxeología*- tal como habían sido propuestos por Weber. Aunque matizó que no es el tipo ideal el que determina el modo de entender, sino que es lo *praxeológico* lo que determina el tipo ideal más adecuado.

Según el planteamiento de Mises la acción humana, con independencia de sus motivaciones, tenía una estructura de medios y fines, se trataba de algo por sí mismo intencional o racional. Una actitud incompatible con los supuestos del neopositivismo, que juzgaba que toda proposición científica tenía que ser analítica o sintética; pero puesto que las primeras estaban vacías empíricamente, su validez científica dependían en último término de algún tipo de contraste con la realidad. En consecuencia no se podía admitir que a partir de un axioma, como el concepto de acción -una proposición analítica- se pretendiera, por deducción, mediante un discurso de lógica verbal, llegar a proposiciones sintéticas acerca de la realidad sin ningún posterior contraste empírico.

## Del equilibrio al orden espontáneo

Ante esta situación, su discípulo F. Hayek (1899-1992) se propuso separarse del rígido apriorismo apodíctico de Mises, adoptando una postura parecida a la que adoptó Walras frente a Jevons. Pensaba que a partir de la simple consistencia *praxeológica* de un individuo, encerrado en su propia subjetividad no se podía explicar el intercambio, ni mucho menos el orden social. Hacía falta alguna idea de orden social que pudiera servir de contraste para saber si la *praxeología* tenía base empírica o no.

Su primera idea fue plantear el orden social como un equilibrio, aunque distinto al de Walras. Consideraba que los individuos actúan a partir de una percepción subjetiva del mundo, que desde el punto de vista objetivo sería resultado de la conjunción de los planes intencionales de cada uno de los individuos. Se puede entonces decir que existe equilibrio cuando las visiones subjetivas del mundo son esencialmente correctas, sucede lo que los individuos esperan. De este modo se abría una posibilidad de verificar los principios subjetivistas de la *praxeología*.

Pero, además y por encima de este objetivo metodológico, lo que Hayek pretendía demostrar poniendo de manifiesto que en el seno del proceso económico existía en una tendencia al equilibrio comprobable empíricamente, era proporcionar unos nuevos y más sólidos argumentos el viejo principio liberal del *laissez faire*: si cada individuo se guiaba por su subjetividad no resultaba un caos, sino un orden social.

En su opinión el modo empírico de comprobar esa tendencia al equilibrio de la economía era a través del funcionamiento del ciclo económico. Para eso lo mejor sería demostrar que las oscilaciones del ciclo, provocadas por perturbaciones externas al sistema, actuaban como un mecanismo de autorregulación con vistas a recuperar el equilibrio perdido.

Cómo la moneda constituye el elemento que entrelaza las decisiones subjetivas de los individuos, sólo a través del estudio del comportamiento del crédito se podían detectar las causas de las oscilaciones del ciclo. De este modo llegaría Hayek a la conclusión de que el motivo que desencadenaba el ciclo era la existencia de una asimetría de información entre empresarios y banqueros, que provocaba errores a la hora de estimar el tipo de interés real, de lo que se seguían decisiones de inversión equivocadas.

Según Hayek la economía era un sistema homeostático o autorregulable, de tal modo que una vez desencadenada la oscilación del ciclo no había hacer nada, sino esperar a que por su propia dinámica la economía volviera al equilibrio. Al contrario que Keynes, no pensaba que la producción dependía del comportamiento de la moneda, sino que era la producción, a la que consideraba un proceso "neutral" respecto de la moneda, la que regulaba la cantidad de moneda en circulación.

Pronto Hayek se daría cuenta de que este modo de plantear el ciclo tenía dos rasgos que se volvían contra su liberalismo. Primero que dependía de la dinámica de un proceso que actuaba por encima y con independencia de los individuos. Segundo, que la tendencia al

equilibrio provenía de una perturbación externa objetiva y previsible. Su propia explicación de cómo se volvía al equilibrio estaba dando argumentos a los que sostenían que la economía podía y debía ser regulada y estabilizada.

Por eso, en un segundo intento Hayek en lugar de considerar el orden social como un equilibrio, lo planteó como resultado de una dinámica resultante de la conjunción de acciones individuales que dan lugar a un orden estable pero de ningún modo previsible.

A partir de este nuevo enfoque se tuvo que enfrentar con el problema de proporcionar una explicación de la génesis de esa dinámica social. Con ese fin tomó como punto de partida el estudio de cómo se formaba el conocimiento a partir del cual los individuos toman sus decisiones. Desde el principio, por razones comprensibles, insistió que en cualquier caso se trataba de un conocimiento tácito y muy disperso entre una multitud de individuos, de modo que bajo ninguna circunstancia podía ser reducido a una información objetiva al alcance de ningún agente, haciendo de ese modo imposible la centralización y planificación de la economía.

Sólo el libre juego del mercado, que funciona como un complejo organismo cuya estructura escapa al conocimiento del individuo, podía lograr la coordinación de esos conocimientos difusos y fragmentados. Sería a través de la competencia como se coordinaban los planes de los individuos, siendo ésta un proceso de descubrimiento y difusión de conocimientos, que ni se podía formalizar ni admitía soluciones matemáticas.

Según este nuevo enfoque, sería la *catalaxia*, la dinámica no previsible la responsable de la tendencia de la economía no hacia un estado final previsible, sino hacia una situación no predeterminada, a la que Hayek llamaba un "orden espontáneo". La evidencia empírica de la existencia de esta tendencia al orden espontáneo sería puesta de manifiesto por la eficiencia misma de las fuerzas del mercado para proporcionar bienes. Un planteamiento con el que Hayek establecía una equivalencia entre espontaneidad y eficiencia, o lo que es lo mismo entre intervención e ineficiencia.

Al haber situado el proceso social de génesis del conocimiento en el centro mismo de la economía, a Hayek, como hemos dicho, no le quedaba más remedio que proporcionar alguna explicación de ese proceso. Eso le llevaría a dar cabida en su sistema a las instituciones, como algo complementario e indispensable para que surja el orden espontáneo, de modo que éste último surgiría de la progresiva aparición de instituciones cada vez más eficientes que, según Hayek, serían resultante de un proceso de selección natural.

De este modo se veía obligado a explicar el origen y modo de funcionar de ese proceso de selección natural que daba lugar a las instituciones. Con independencia de que, como hemos visto, no parece posible explicar la selección natural a partir de ella misma, lo que planteaba un nuevo problema nada desdeñable. A partir de la selección natural se podría justificar la aparición de fenómenos espontáneos como el mercado, las reglas culturales, las leyes, pero no de fenómenos deliberados como las empresas y las organizaciones. Además, la existencia de estas últimas, venían a desmentir su idea de que se coordinaban los planes de los individuos lo podían ser eficientes los fenómenos espontáneos.

A la hora de demostrar que los fenómenos espontáneos son más eficientes que los organizados, Hayek se tropezaba con la ambigüedad de la noción de eficiencia. Pues si la definía como capacidad de los individuos para llevar adelante sus propios planes de acción, la convertía en una afirmación tautológica.

## La economía como teoría de la decisión

Influenciado por el formalismo apriorista de la *praxeología* de Mises, así como por el emotivismo de Ayer, el economista británico L. Robbins (1898-1984) llegó a la conclusión de que el objeto de la economía sólo podía ser “la lógica de la conducta humana destinada a conectar fines con medios escasos, que tienen usos alternativos”. En el bien entendido que el origen y la naturaleza de esos fines y medios quedaban, por definición, fuera del objeto de estudio de la economía. A cambio, con esta nueva definición tan formalista de la economía cualquier conducta humana que pudiera reducirse a la conexión lógica entre medios y fines entraría dentro de su objeto de estudio.

En cualquier caso, persistía una pregunta inevitable: ¿cómo podían los individuos realizar una ordenación lógica de sus decisiones? La respuesta de Robbins a esta pregunta es de hecho muy parecida a la de Mises, pues por un lado se basaba en la experiencia cotidiana de la toma de decisión por parte de cada individuo, mientras que por otro lado no dejaba de invocar a una cierta lógica intrínseca a la acción basada en una concepción subjetivista de la introspección. De hecho, estaba dando por supuesto que la estructura de los efectos de las decisiones y el acto de elección era un misma cosa. De un modo u otro, con más o menos claridad, Robbins venía a dar por resuelto el nada sencillo problema de la causalidad de la acción humana, algo que en principio no debería aceptar alguien que se declaraba tan partidario de la epistemología de Hume.

Esta ambigüedad de Robbins resulta explicable, pues se daba cuenta de que se enfrentaba con un dilema, o posicionarse junto al escepticismo de Hume o inclinarse por el logicismo de los *neokantianos*. Dicho de otro modo, elegir entre una motivación dinámica, externa al sujeto, que era la postura del utilitarismo clásico, o dar por supuesto que el sujeto por sí mismo, sin ningún tipo de motivación externa, era capaz de ordenar a priori sus decisiones. Se entiende que no sabiendo como manejarse ante esta disyuntiva acabara por adoptar una postura ecléctica: aceptaba una génesis psicológica de la decisión, pero entendía que debía ser considerada como una “caja negra”, en el sentido de que pensaba que no había necesidad alguna de abrirla a fin de explicar como funcionaba el mecanismo que supuestamente había en su interior. En otras palabras, defendía que el criterio de cada individuo para llevar a cabo la ordenación de sus elecciones no era objeto de estudio de la economía.

En cualquier caso, Robbins no podía evitar responder a la siguiente pregunta: ¿por qué existía un criterio que permitía a los individuos ordenar sus decisiones? Su respuesta fue que se trataba de algo evidente, que formaba parte de la estructura psíquica del individuo, alguien que por definición es capaz de ordenar sus decisiones de modo consistente. Una respuesta casi idéntica a la de Mises, para quien el concepto de acción no necesitaba de algún tipo de justificación, se trataba de un axioma, de una afirmación apodíctica.

Visto desde otra perspectiva, tanto en el caso de Robbins como en el de Mises se estaba dando por supuesto que cada individuo era capaz, por sí mismo, de desarrollar un “lenguaje intrínsecamente privado”, de ordenar sus experiencias mentales, emocionales y vitales, con independencia del “lenguaje público” del resto de los hombres. ¿Era posible un lenguaje individual sin un lenguaje común? ¿De dónde podría surgir ese insólito lenguaje?

Conviene tener presente que con este modo de entender al individuo lo que pretendía Robbins era negar la posibilidad de comparaciones “intersubjetivas” de utilidad, y en consecuencia hacer imposible el diseño de recomendaciones de políticas económicas, a partir de las cuales llevar a cabo la planificación e intervención de la economía. Quería dejar claro que la llamada “economía del bienestar” no podía ser otra cosa que un contrasentido, un diseño incompatible con el objetivo de una ciencia económica positiva.

Robbins no parecía ser muy consciente de que su postura representaba una amenaza para la libertad individualista que supuestamente pretendía defender. Si había tantos usos del lenguaje moral como individuos, los desacuerdos y conflictos morales resultarían inevitables e interminables, y la vida social se haría muy difícil o imposible. Resultaría entonces inevitable imponer un cierto orden en esa gigantesca confusión o, por lo menos, apaciguar los conflictos más violentos. La única solución posible sería la imposición, más o menos encubierta, del lenguaje privado de unos pocos, de los más poderosos.

Si resultaba entonces que era la presión de la “opinión pública” la que imponía una cierta ordenación colectiva de las actitudes morales de los individuos, se haría necesario explicar cómo el público era capaz de llegar a un acuerdo, justificar el modo en que se formaba esa opinión. Como no era posible una explicación racional de la formación de la opinión pública, ésta sería resultado de la manipulación de los más poderosos: un modo patente de negar la libertad.

Si la ordenación de las decisiones de un individuo no podían ser estrictamente privadas, sino que estaban condicionadas por los “juegos del lenguaje”, algo esencialmente público, de ningún modo podían ser idiosincrásicas, cerradas sobre ellas mismas. Era precisamente el juego de las comparaciones interpersonales, en el seno de una práctica destinada a la ordenación de fines comunes, el que hacía posible que cada individuo fijara la ordenación de sus propios fines. De tal modo que las primeras desempeñarían un papel normativo respecto de las segundas.

## ***Bibliografía.***

Brandt, Richard B. *The emotive Theory of Ethics*. The Philosophical Review. 1950, 59(3)305-318.

Caldwell, Bruce J. *Hayek's challenge: intellectual biography of F.A. Hayek*. Chicago: University of Chicago Press; 2004.

Encino, Alvaro. *ISLM A Final Rejection*. En Rossi, Sergio and Rocha, Louis Philippe, editores. *Modern Theories of Money. The Nature and Role of Money in Capitalist Economies*. Edward Elgar; 2003; p. 295.

Coates, John. *The Claims of Common Sense. Moore, Wittgenstein, Keynes and the Social Science*. Cambridge: Cambridge University Press; 1996.

Crespo, Ricardo. *El pensamiento filosófico de Keynes. Descubrir la melodía*. Madrid: Eiuinsa; 2005.

Davis, John B., editor. *The State of Interpretation of Keynes*. Kluwer Academic Press. 1994.

Dillard, Dudley. *A Monetary Theory of Production: Keynes and Institutionalists*. Journal of Economic Issues. 1980; 14(2):255-274.

Endres, A. M. *Menger, Wiesser, Böhm-Bawerk and the Analysis of Economic Behavior*. History of Political Economy. 1991; vol 23 no 2

Fitzgibbons, Athol. *Keynes Vision. A New Political Economy*. Oxford. Clarendon Press. 1988

Gloria-Palermo, Sandye. *Continuité dans la pensée hayekienne. Une résistance planifiée contre l'interventionnisme*. Recherches Économiques de Louvain. 2002, 83, 3, 313-333.

Hands, D. Wade. *Economic and Philosophy: the origins and development of economic theory*. Gainesville. University Press of Florida. 1974.

Hands, D. Wade. *Keynes, Bloomsbury and The General Theory*. New York: St Martin's Press; 1991.

Henry, John F. *Keynes' Economic Program, Social Institutions, Ideology and Property Rights*. Journal-of-Economic-Issues. 2001. 35(3) 633-655.

Hicks, John Richard. *IS-LM: an explanation*. Journal of Post Keynesian Economics. 1980. 3:139-154.

Hoover. Kevin D. *Microfoundations and the Ontology of Macroeconomics*. Durham NC: Duke; 2006.

Hoover. Kevin D. *The Methodology of Econometrics*. Davis, California; 2005.

Johnson, Harry G. *The General Theory after Twenty Five Years*. American Economic Review Papers and Proceedings. 1961. 51:1-25.

Lavialle, Christophe. *L'épistémologie de Keynes et 'l'hypothèse Wittgenstein': La Cohérence Logique de la Théorie Générale de L'emploi, de L'intérêt et de la Monnaie*. Cahiers D'Economie Politique. 2001. (38) 25-63.



Meltzer, Allan H. *Keynes's Monetary Theory: A Different Interpretation*. Cambridge: Cambridge University Press. 1990.

Minsky, Hyman P. *John Maynard Keynes*. New York. Columbia University Press. 1975

Patinkin, Don. *Keynes's Monetary Thought: A Study of its Development*. History of Political Economy. 1976. 8 .

Runde, Jochen. *Keynesian uncertainty and liquidity preference*. Cambridge Journal of Economics. 1994; 18:129-144.

Tribe, Keith. *Strategies of Economic Order. German Economic Discourse 1750-1950*. Cambridge. Cambridge University Press. 1995.

Tsiang, S. C. *Keynes's Finance demand for liquidity, Robertson's loanable funds theory, and Friedman's monetarism*. Quarterly Journal of Economics. 1980: 24(3):467-491.

Tymoigne, Eric. *Minsky and Economic Policy: "Keynesianism" All Over Again?* New York: The Levy Economic Institute. Bard College. 2008.

Wray, L Randall. *Keynes's approach to money: An Assesment after 70 years*. Atlantic Economic Journal. 2006: 34(2):183-193.

Wray, L Randall. *The Continuing Legacy of John Maynard Keynes*. Missouri.2007.

Young, Warren. *Interpreting Mr. Keynes. The IS-LM enigma*. Cambridge. Polity Press; 1987.  
Reference List